

## DESEO Y PLACER: LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO POSMODERNO

Elogio al pudor-en defensa de cierto misterio <sup>1</sup>

Ruggero Levy<sup>2</sup>

### Introducción

Traigo, al comienzo, un sueño de un paciente adolescente de 16 años:

*Estoy en el juego del GTA. Pienso: qué bien, aquí puedo hacer todo lo que quiera. Yo entraba a mi auto que ya estaba sin la puerta y todo golpeado de las otras aventuras. Salía andando y veía en la ruta a tres mujeres. Resolvía que iba a "clavarlas". Alcanzaba a la primera por atrás, le besaba el cuello, pero ella ponía cara de puta y reaccionaba agrediéndome. Yo llegaba a la segunda, le tocaba el culo y ella también se ponía puta. Ahí yo ya estaba en el auto de ellas. Las dos primeras adelante y yo con la tercera atrás. Comenzaba a hacerle la paja, ella no quería pero se dejaba. Pero después se levantaba, se quedaba parada, decía que iba a gozar y meaba sobre mí. Yo no llegaba a sentirme mal. Pero entonces yo me masturbaba y cuando iba a gozar, me corría en su cara. Pensaba, "bien hecho, hija de puta".*

*Yo salía del auto llevando el celular de ella, sólo para molestarla. Ella venía atrás, quería de nuevo, pero yo entraba a mi auto y huía, por cabronada. Como estábamos en el juego, ella corría a la velocidad del auto, al lado de la puerta, pero el celular estaba del otro lado y ella no tenía cómo agarrarlo. Yo me reía. Pero cuando tuve que pasar una curva el celular se corrió y ví que iba a caerse. Pensé qué mierda, lo va a agarrar. Entonces dije: "agarrá ese celular de mierda, yo no lo quería..." Pero cuando se caía del auto, explotó. A mí me parecía maravilloso porque ella quedaba perpleja.*

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el panel "Deseo y placer en la construcción del sujeto posmoderno" en las Jornadas del Cincuentenario de la SPRS el 27 de junio de 2009.

<sup>2</sup> Psicoanalista, Miembro Titular y analista didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre.

*Yo salía del auto de ellas y salía caminando por la calle en medio de un montón de gente. Ellas venían atrás mío gritando para que me agarraran que yo era un cabrón, pero nadie hacía nada, yo me quedaba riéndome y pensando que era así porque yo podía hacer todo en el juego.*

Guarden el sueño en mente, porque va a ser comentado más tarde.

Para comenzar esta reflexión me gustaría citar a André Green (1990), que dijo que debemos entender el psiquismo como una formación intermediaria en el diálogo entre el cuerpo y el mundo. *Eso, porque ese diálogo es brutal, porque la luz del mundo es ofuscante y las exigencias del cuerpo son tiránicas y si no tuviésemos esa formación amortiguadora de los choques que está constituida por el psiquismo, consciente e inconsciente, estaríamos todavía en un estadio pre-humano*<sup>3</sup>.

O sea, el sujeto se constituye en ese diálogo entre el cuerpo y el mundo, en la interrelación pulsión-objeto-cultura. Debemos pensar como Cassirer cuando dice que el hombre no debería llamarse "*animale rationale*", sino "*animale symbolicum*"<sup>4</sup>.

Porque el hombre es un ser esencialmente simbólico y esa formación intermediaria llamada psiquismo resulta de las transformaciones simbólicas de nuestras pulsiones, deseos y emociones.

El foco de mi trabajo está en lo siguiente: si los procesos simbólicos son afectados, toda la subjetividad del sujeto también lo será.

Estamos en 2009. ¿Cómo está el deseo humano en el mundo contemporáneo, después de tantos cambios en la cultura? ¿Y la clínica psicoanalítica contemporánea? ¿Y el sujeto contemporáneo?.

En cuanto al subtítulo, *Elogio al pudor -en defensa de cierto misterio*, por favor, no se escandalicen. No estoy defendiendo en este trabajo un retorno a una moral sexual retrógrada, anterior a la revolución sexual de 1968. Estoy proponiendo una reflexión sobre los tiempos actuales, utilizando diversas referencias, para llegar a una comprensión psicoanalítica del impacto de esta

---

<sup>3</sup> Green, A. (1990): p. 59.

<sup>4</sup> Cassirer, E. (1950): p. 50.

realidad sobre el funcionamiento mental del sujeto contemporáneo. Parte del título –*Un elogio al pudor*– está inspirado en Alain Finkielkraut, filósofo francés que analiza lo que el denomina el *Nuevo desorden amoroso* (Lancelin, 2008). En una edición reciente, la revista *Nouvel Observateur* (Lancelin, 2008) se dedicó a estudiar lo que sería la nueva sexualidad de los franceses, basándose en una amplia investigación realizada en Francia, que constató lo que hoy también observamos en Brasil.

- . La generalización de la contracepción
- . El derecho al placer
- . La caída del matrimonio como estructura estable
- . La emancipación femenina
- . El reconocimiento de la homosexualidad
- . La banalización de la pornografía

Estas son constataciones fenomenológicas que necesitamos entender desde el punto de vista metapsicológico. Para entender el fenómeno contemporáneo, además de la comprensión de los cambios culturales y de la revolución en la moral sexual, necesitamos agregar la comprensión de las consecuencias en el avance científico y tecnológico en una velocidad sin precedentes en la historia de la humanidad.

La ciencia, a partir de la segunda mitad del siglo del siglo XX, crea nuevos paradigmas que revolucionan el escenario del pensamiento científico y de la cultura. La nueva tecnología informática, desde el punto de vista sociológico (Bauman, 2000), creó hechos generadores de una inseguridad y un sentimiento de precariedad totalmente nuevo. Pero desde el punto de vista del proceso de subjetivación también creó nuevos fenómenos en el terreno de la simbolización (Levy, 2000). A esto me refiero en la segunda parte del título, *En defensa de cierto misterio necesario para la simbolización*, inspirado en Meltzer (1988). En la importante contribución con respecto al conflicto estético resalta la importancia de la inaccesibilidad al interior del objeto como un poderoso estímulo a la imaginación. El enigma del interior necesita ser construido por la imaginación creativa.

Queda planteada la cuestión de si con el exceso de estímulo a la sensorialidad por la cultura de la imagen, a la pérdida de los límites entre lo público y lo privado y la exposición excesiva a la desnudez, a la sexualidad igualada a la pornografía, habría un compromiso de la imaginación creativa y, por lo tanto, de la subjetividad humana. ¿Será que eso conduce a perturbaciones en el ámbito del deseo y del placer? Como adelanto, pretendo desarrollar la idea de que la cultura actual promueve perturbaciones en los procesos simbólicos que conducen a perjuicios en la construcción de la subjetividad.

Propongo que pensemos el tema de la siguiente forma: en todas las épocas encontraremos fuerzas culturales promotoras de procesos simbólicos, o sea, de expansión de la mente; y otras que conducen al estancamiento del crecimiento psíquico y a veces al empobrecimiento simbólico, y hasta al compromiso de la función simbólica, constituyendo fuerzas "desmentalizadoras" que propician, en consecuencia, el pasaje al acto.

### **El Psicoanálisis, el deseo y el placer**

El gran salto teórico dado por Freud (1905), fue comprender que la sexualidad humana a partir de su "apoyo" sobre las pulsiones de autoconservación, adquiere su propia autonomía. Así, zonas originalmente destinadas a satisfacer funciones vitales adquieren una erogeneidad que a partir de entonces buscará sus propias formas de placer y satisfacción. Sobre la representación de estas experiencias primitivas de satisfacción se va a constituir el deseo sexual, que buscará incesantemente su satisfacción. El deseo es entonces, esencialmente, una moción psíquica (Laplanche, 1982) que dará el sentido de la búsqueda objetal (Kristeva, 1993) y de la fantasía inconciente. La fuerza dinámica de la pulsión, transformada en deseo, irá en búsqueda del objeto original jamás reencontrado.

Así se articula lo corporal y lo psíquico.

Pero es partir de la constitución de substitutos simbólicos del objeto deseado y de la posibilidad de postergación de la satisfacción inmediata que se estructurará lo inconciente y lo preconciente con su extensa red simbólica.

Esa presión constante que viene del interior, en buenas condiciones de simbolización, se transforma de manera constante, ampliando la mente infinitamente. Esta red simbólica es nuestro psiquismo y nuestra vida psíquica.

Green (1990) aclara que el sistema de representaciones mentales que constituyen nuestro psiquismo, nuestra *vida psíquica*, está doblemente estimulado: desde el interior por las transmutaciones del deseo, descritas anteriormente, y desde el exterior por la excitación que se produce sobre el sistema preconscious/inconsciente. Bion y Meltzer estudiaron en qué medida el encuentro/desencuentro con el objeto funciona como un poderoso estímulo para la creación y ampliación de nuestra vida mental.

El gran salto teórico de las contribuciones bionianas, desarrolladas por Meltzer, fue formular que la presencia del objeto despierta un deseo en especial, el deseo de conocer. Bion (1962) elevó el deseo de conocer casi al status de pulsión.

En su teoría sobre el pensar, estableció que, movida por el deseo de conocer, la mente posee una función simbolizadora permanente que trata de crear para sí representaciones simbólicas, versiones, de las experiencias emocionales con las cuales es confrontada. Quizás además de hablar de deseo, podríamos hablar de emociones que están en la médula de la experiencia del sujeto.

Es claro que las emociones son accionadas por el deseo, pero también por el impacto estético de la belleza y el misterio del objeto externo, como lo describió Meltzer en *"Aprehensión de la belleza"* (1988). Se evidencia en cuanto a que la vida psíquica, la mente, se construye a partir de un vínculo subjetivo entre sujeto y objeto y que el centro de esta búsqueda es la experiencia emocional del sujeto o, si lo preferimos, la de su deseo.

Meltzer (1988) también enfatizó la importancia de la presencia del objeto en el desarrollo de la mente y de la simbolización. Siguiendo a Bion y comprendiendo que la capacidad creativa se manifiesta como consecuencia de las experiencias emocionales derivadas del encuentro con el objeto, distingue dos tipos de relaciones en las que la vida humana es vivida: aquéllas en las que ocurren experiencias emocionales, diferentes de aquellas otras destituídas de esas experiencias. Diferenciará dos áreas de la experiencia humana.

Hay un área de vida y de desarrollo desmentalizada y que se asemeja a los estímulos recibidos por la cría de los animales, en donde lo que predomina es el aprendizaje a través del entrenamiento, la imitación y el condicionamiento. Esta sería el área marcada por la presencia de los signos y de las convenciones,

más que por los símbolos propiamente dichos. Es un área esencial para sobrevivir, similar a lo que Winnicott describió como *falso self*. Se espera que en el ser humano se desenvuelva un área en la que se establezcan relaciones íntimas cargadas de experiencias emocionales y que se pueda aprender respecto de ellas a través del pensar para que, a partir de esto, la imaginación construya una imagen del mundo (Meltzer, 1988).

En la discusión sobre el sujeto y su deseo, es imposible no incluir las contribuciones seminales de Winnicott. En la teoría de Winnicott el bebé tiene un deseo y la buena madre, en un estado que él llama de preocupación materna primaria, presenta y coloca el objeto del deseo en el momento y el lugar apropiados. De esa manera realiza, permite que se despliegue la omnipotencia del bebé y le da sentido, haciendo que el verdadero *self* gane vida. Es a través de la fuerza y de la presencia de la madre que el verdadero *self* gana vida. La madre que no es suficientemente buena queda centrada en su propio deseo, coloca su gesto en el lugar del gesto del bebé y éste, para sobrevivir, se somete a él, dando lugar al falso *self* como patología del carácter.

De esta manera, lo falso sería someterse a un deseo que no es el suyo y adoptarlo como suyo. Esto es lo que pasa cuando una relación con un objeto no suficientemente bueno -o una cultura- aliena al sujeto de su deseo, de sus emociones. Quiero destacar para el objetivo de este trabajo que el *self* verdadero sólo adquiere una viva realidad por la presencia del otro que reconoce su deseo. Esto nos interesa, ya que posteriormente veremos cuánto nuestra cultura puede conducir al sujeto a la alienación de su propio deseo, ya sea por las perturbaciones en los vínculos humanos y familiares que hemos observado, o por un exceso de poderosos estímulos que imprimen determinados comportamientos sobre el sujeto.

Antes de seguir, me gustaría introducir algunas ideas de Bion respecto a las posibilidades de disfrutar una experiencia de satisfacción, pues eso conduce a la idea de que pueda existir placer sin satisfacción. Kristeva (1993) habla de eso cuando dice que el hombre contemporáneo, cuando no está deprimido, *se entusiasma con objetos menores o desvalorizados, en un placer perverso que no conoce la satisfacción*<sup>5</sup>. Volviendo a Bion: en el capítulo V de *Aprendiendo de la experiencia*, dice que hay situaciones en que el bebé, por temor a las emociones

---

<sup>5</sup> Kristeva, J. (1993): p. 14.

(odio, envidia, gratitud, etc), propias o de otros, rehúsa beber la leche que el seno le ofrece, hasta que se da cuenta de que así morirá. Por temor a la muerte retoma la succión del pecho a partir de una profunda disociación.

Sigue Bion: “Este *splitting* [...] produce un estado mental en el que el paciente persigue vorazmente toda forma de comodidad material; es, al mismo tiempo, insaciable e implacable en su búsqueda de saciedad. Como este estado tiene su origen en una necesidad de liberarse de las complicaciones emocionales que implican captar la vida una relación con objetos vivos, el paciente parece incapaz de gratitud o interés en sí mismo o en los demás.”<sup>6</sup> (Traducción libre del texto en español)

Lo que Bion describe es de la mayor relevancia: una situación en que por temor a algunas emociones hay un ataque a la función *alfa*, o sea, que la experiencia emocional de satisfacción no puede ser transformada en elementos *alfa*, pensamientos oníricos, y entonces comprendida a través de la ganancia de significado a partir de su mentalización, de su inserción en la red *alfa*. En *Cogitations*<sup>7</sup> (p. 222), Bion retorna al tema diciendo que cuando hay déficit de función *alfa* el paciente hasta puede tener un inconsciente, pero no puede *volverse* consciente de determinadas experiencias emocionales por no poder *digerirlas*. Estas experiencias quedan como *hechos no digeridos* y se prestan sólo para ser evacuadas a través de la barrera *beta*.

O sea, que cuando hay una perturbación de los procesos simbólicos, sea por el motivo que fuere, a pesar de la saciedad material o corporal, el sujeto permanece insaciable desde el punto de vista mental. Se crea una posibilidad de sentir una experiencia de satisfacción psíquica y la insatisfacción, el odio, quedan como cosas en sí, elementos *beta* que sólo se prestan para ser evacuados. Los objetos del paciente se tornan receptáculos de su insatisfacción.

Atacada la función *alfa*, responsable de los procesos de simbolización las experiencias de vida quedan desmentalizadas (Meltzer, 1986), en el sistema protomental, en el cual la vida queda limitada a un funcionamiento operatorio, casi mecánico, y el sujeto en alguien incapaz de aprender y disfrutar el significado emocional de su experiencia. Es en eso que reside la importancia de

<sup>6</sup> Bion, W. (1962b): pp. 30-31.

<sup>7</sup> Bion, W. (1992): p. 222.

entender que el fracaso o el perjuicio de los procesos simbólicos condena al sujeto a la imposibilidad de satisfacción y por tanto a la actuación compulsiva.

Volviendo al origen del psicoanálisis, éste se desarrolló sobre la comprensión de las vicisitudes del deseo. Freud comprendió que el síntoma neurótico se establece a partir de la represión y revolucionó a su época desafiando la cultura de la represión.

Pero la sexualidad humana se modifica constantemente a través de los tiempos y de la cultura. La pulsión, como fuerza y dinámica de la sexualidad, busca su camino en cada tiempo para obtener la satisfacción. Ahora bien, la cultura actual tiene poco que ver con la de la Europa Oriental de comienzos del siglo pasado. ¿Cómo se insertan entonces la sexualidad, el deseo, el placer y el psicoanálisis en la actualidad?

### **Cultura de la incertidumbre o del simulacro**

Diversos autores han destacado un nuevo malestar presente en la cultura actual (Bauman, 1997; Cahn, 1997; Moreno, 2004; Eizirik, 2004; Menezes, 2004; Kristeva, 2002). El sentimiento prevaleciente, apuntado por varios autores, ha sido el de *precariedad*. Bauman (2000) afirma que *la precariedad hoy está en todo*. Precariedad, vulnerabilidad e inestabilidad resumen la contemporaneidad, en contraste con la estabilidad, previsibilidad y consistencia como meta posible de la modernidad, cultura en la cual Freud estaba inserto. Los teóricos franceses hablan de *précarité*, los italianos de *incertezza*, los ingleses de *insecurity*. Todos estos conceptos tratan de aprehender el fenómeno de la falta de garantías y de la inestabilidad de la vida contemporánea.

Quiero adelantar que -aunque prosiga analizando algunas características de la cultura contemporánea- no debemos idealizar la modernidad, pues con su estabilidad y su búsqueda de estructuras rígidas también desarrolló "malestares", como Freud magistralmente estudió en 1930. El repudio a lo sexual del siglo XIX y comienzos del siglo XX dio origen a las grandes neurosis estudiadas por Freud, con todo lo que representan en términos de obstáculo al crecimiento mental; al hacerlo, Freud desafió a la cultura de la represión. Tal vez ya pueda adelantar que el repudio a lo simbólico en la cultura actual es el gran desafío del psicoanálisis, hoy.



Retornando a nuestro contexto cultural, a la precariedad de que hablábamos, el avance sin precedentes de la tecnología en la historia de la humanidad creó nuevas ilusiones. La inseguridad a largo plazo hace parecer un buen negocio a la satisfacción instantánea, pero en verdad es una ran artimaña. Todo en la vida tiene que ser en *el aquí y ahora*. El aplazamiento de la satisfacción del deseo perdió su fascinación. Impera la intolerancia a la frustración. Ahora bien, sabemos cuán importante es el aplazamiento de la satisfacción del deseo para el desarrollo de los procesos simbólicos y, en consecuencia, del aprendizaje. Es en el espacio entre el deseo y su realización donde se crea el pensamiento. Esta entronización de la gratificación inmediata, del presente, donde la historización y la postergación al futuro ceden su espacio, ciertamente afecta el desarrollo de la imaginación creativa y la consecuente ampliación del espacio mental necesario para la inscripción de los conflictos en el territorio de lo mental y para su elaboración. Este, en mi opinión, es uno de los factores de la contemporaneidad que afecta los procesos simbólicos, constituyéndose, por tanto, en un no favorecimiento de la inserción, transmutación o resolución de los conflictos ligados al deseo en el ámbito psíquico. Y eso, sin hablar de la casi abolición de la latencia en la contemporaneidad (Guignard, 2005), siendo que ése es el momento en que se construyen las redes simbólicas esenciales a todo desarrollo posterior.

El carácter fugaz de las modas y de los objetos de consumo crea una visión del mundo como un *container* "lleno de objetos descartables, para una sola utilización -el mundo entero, incluso los seres humanos" (Bauman, 2000, p. 186). El vínculo humano tórnase, como cualquier otro objeto de consumo, algo de lo que se espera una satisfacción inmediata, instantánea, y que se rechaza si no satisface, creándose una transitoriedad y una inestabilidad en los vínculos que genera un nuevo malestar en la cultura distinto al de Freud, producto de la represión sexual (Bauman, 1997)

A la fluidez de las relaciones se suma la substitución de los vínculos humanos por los virtuales en que sujetos, adolescentes o no, aislados, solitarios, se refugian en relaciones virtuales o en relaciones que podríamos llamar narcisistas o utilitarias: el otro interesa en tanto satisface mi necesidad.

Si consideramos como Meltzer que es en las relaciones íntimas, cargadas de pasión, donde se crean las experiencias emocionales y si creemos que son

éstas las que estimulan a la mente a la simbolización y a su ampliación, al crecimiento, entonces debemos admitir que la inmersión del sujeto en un mundo mecánico lo introduce en un universo en el que predominan los signos, en tanto lenguaje mecánico a ser dominado. Así, parecería que la zambullida profunda en el mundo virtual constituyese un elemento más de la contemporaneidad que compromete el proceso de subjetivación. Además de favorecer contactos de cuño narcisista, como decía, se trata de una banalización y una accesibilidad inaudita al mundo de la perversión. De la misma forma, en esta inmersión en el mundo de los objetos virtuales no tenemos la presencia del objeto, con su mirada y su subjetividad para dar realidad a la subjetividad del sujeto, como preconizaba Winnicott.

La actividad anti-imaginativa de la cultura de la imagen mencionada por Baudrillard (1999) se impone fuertemente en el terreno de la sexualidad en la actualidad. El joven no necesita siquiera imaginar al objeto de deseo para masturbarse. En un *click*, su cuarto se llena de simulacros hiperreales. Objetos porno-eróticos en profusión a su disposición. O compañeros exponiéndose en webcams. Queda abolido el límite entre lo público y lo privado, entre lo erótico y lo pornográfico. Finalmente, la imaginación sucumbe.

Estoy de acuerdo con Menezes (2004) cuando afirma que en una época *sin ninguna represión sexual, con una oferta irrestricta de sexo, vemos que lo sexual sucumbe*<sup>8</sup> (p. 85). O sea, lo psicosexual originario del inconsciente fruto de las transmutaciones del deseo, sucumbe a lo sexual impuesto por la cultura del consumo, a lo que sirven de vehículo las "celebridades" de los *reality show*. Sería un simulacro de sexualidad. Ese es el imperio del falso *self* en el que el sujeto es movido por un deseo que no es el suyo. Se adapta a una sexualidad "como si" siguiendo el ejemplo de otros objetos de moda que hay que adoptar.

Kristeva (1993) dirá que el hombre contemporáneo no dispone del tiempo ni del espacio para constituir el alma, lo mental, y lo sexual que no pase por la elaboración simbólica se transforma en placer sin satisfacción. Pura descarga condenada a la compulsión adictiva por la imposibilidad de satisfacción del deseo en el terreno de lo mental, y mucho menos a la elaboración, como veremos en el caso clínico siguiente.

---

<sup>8</sup> Menezes, L.C. (2004): p. 79.

Antes de llegar al paciente, me gusta citar a Meltzer (1978) cuando dice que sufrimos un guiño de la hipocresía de la era victoriana a la hipocresía de la decadencia. El ambiente cultural que antes favorecía la formación de síntomas en el ámbito del conflicto sexual ahora favorece la consolidación de la perversión en el carácter. La cultura, muchas veces, ofrece caminos perversos a conflictos que antes eran contruidos, sufridos y elaborados -o no- en el plano simbólico. El pasaje al acto es entronizado como solución al conflicto psíquico.

Otro factor que ejerce presión en el sentido de la "desmentalización" a través de la destrucción del significado de la experiencia emocional es la medicalización de la emoción (Rocha Barros, 2003). Los médicos -y, por extensión, los psicoanalistas- están presionados en cuanto a eliminar cualquier emoción que escape un poco a los protocolos establecidos por los laboratorios farmacéuticos, independientemente de su significado. El dolor psíquico y el sufrimiento mental tienen que ser eliminados tanto como sea posible (Rocha Barros, 2003). Entiendo que este estímulo a la evacuación del dolor psíquico conduce no sólo a la medicalización de la emoción, sino también al uso masivo de drogas lícitas e ilícitas -la peste de la post modernidad- y también a la sexualidad compulsiva, sea promiscua o no. La banalización de la perversión, el estímulo a la eliminación del dolor psíquico y el pasaje al acto impulsan muchas veces a una "solución" de los conflictos a través de la creación de escenas sexuales perversas. Ese comportamiento adictivo es estimulado por la cultura, y lo que pasa a primer plano es la euforia y la anestesia psíquica (Ahumada, 2003). Como bien destaca Rocha Barros (2003), la euforia se vuelve modelo de la "felicidad". Nos encontramos así en el terreno del placer sin satisfacción, sin saciedad. En la medida en que no se inscribe en lo psíquico como una experiencia de satisfacción, se crea la necesidad compulsiva del objeto de placer (la droga, el consumo material, o el sexo como droga).

Esta es la cultura del simulacro: la euforia como ecuación simbólica de la felicidad; el "tener" igualado al "ser"; el fetiche y la droga como equivalentes al objeto; la anestesia psíquica equiparada a la tranquilidad.

### **Comentarios finales, o en defensa del misterio**

Evidentemente, en la medida en que vivimos en diversas micro-culturas, todo el espectro de pacientes podrá visitar nuestro consultorio, desde los cuadros

neuróticos habituales hasta aquéllos en que la patología se expresa en la conducta y en el cuerpo por insuficiencia de los procesos de simbolización, y también las llamadas neo-soluciones a la conflictiva sexual basadas en la adopción de caminos ofrecidos por la cultura, pautados por la actuación, por el narcisismo y por la perversión.

Retomando el sueño del paciente, describí este material porque ilustra parte del ambiente cultural en que vivimos. El tipo de "solución" ofrecido por la cultura frente a la frustración: la *freeland pregonada* por el videogame es el lugar en que la libertad se identifica con la falta de límites, en que la subjetividad del otro con sus dolores y deseos no interesa, y donde se puede atender el propio deseo de modo omnipotente, en el momento y de la manera que se quiera. En el sueño, este mundo de placeres pre-genitales está simbolizado oníricamente, pero desgraciadamente, muchas veces el sueño es actuado sin la mediación de lo simbólico y sí con la mediación de las drogas, lícitas o ilícitas. Las *raves* tal vez sean la materialización de este mundo. Se busca una desmentalización que posibilite el *acting* de este universo narcisista de colorido perverso. Evidentemente, este paciente presentaba una psicopatología personal que incluía una dificultad en la construcción de su identidad masculina, proveniente de una identificación con un padre frágil envuelto en una relación parental en la que la madre era sentida como fálica. Esto fue analizado exhaustivamente desde los múltiples vértices posibles: en su temor y evitación de las mujeres, en sus fantasías e impotencia, en sus relaciones con el grupo de pares donde inicialmente se sometía masoquísticamente a los amigos, en la transferencia donde me sentía, ora como una especie de "analista-falo" que todo lo sabía y todo lo podía, ora como alguien a ser martirizado.

Entre tanto, más que discutir el caso de este paciente, quisiera ilustrar el tema de la confusión adolescente de mi paciente: una escisión inadecuada (Meltzer, 2008) de la sexualidad, defensiva, donde la masculinidad era equivalente a la violencia, encontraba formas de expresarse, fortalecida por elementos ofrecidos por la cultura. En los adolescentes, justamente por estar reconstituyendo su sistema de representaciones, su subjetividad, la influencia cultural es mucho más acentuada ya que favorece, enfatiza o incentiva determinadas formas de expresión de la sexualidad.

Estoy de acuerdo con Rocha Barros (2003) que en ese terreno de las “nuevas formas de sexualidad” el psicoanálisis también sufre grandes presiones, pues la línea divisoria entre lo normal y lo que todavía hallamos patológico queda borrada y no aceptar como normales determinadas conductas sexuales parece un preconcepto y una posición ideológica, inaceptable como tal. *El analista es presionado para no usar su espíritu de investigación en relación a determinadas transgresiones sexuales y a considerarlas como normales. Corremos entonces el riesgo de perdernos la oportunidad de discriminar entre lo que podría ser una simple opción sexual y un uso patológico de la sexualidad, transformada en perversión de carácter, si sucumbimos a la presión ideológica*<sup>9</sup>. Evidentemente, la posibilidad de sucumbir a esas presiones es mayor cuanto más perdemos la creencia en el arsenal teórico-técnico del psicoanálisis.

Esta insuficiencia de los procesos simbólicos a que me he referido a lo largo de este trabajo ha tenido varias consecuencias. Primero, como ya expuse, la dificultad de registro psíquico de la experiencia de satisfacción conduce a un goce sin saciedad, a la reiteración de la descarga pulsional de modo compulsivo. Por otro lado, Ahumada (2003) destaca que este compromiso de la capacidad de representar hace que los contenidos psíquicos primitivos no elaborados afloren más y más a la superficie. El *acting out*, la violencia, las conductas autodestructivas, lo sexual invadido por lo destructivo están muy presentes. Este perjuicio en los procesos simbólicos conduce seguidamente a un proceso de subjetivación inacabado. Lo que, a su vez, empuja en dirección a las patologías narcisistas que alcanzan a la conducta y al cuerpo (delincuencia, anorexias, bulimias, drogas, etc.). Las defensas narcisistas tratan de solucionar la insuficiencia en la elaboración psíquica (Cahn, 1999).

Todo esto implica directamente a la técnica psicoanalítica. Además de soportar la presión cultural para eliminar de inmediato cualquier sufrimiento psíquico, la mente del analista pasa a tener una importancia casi decisiva, pues muchas veces hará falta un trabajo enorme de *rêverie* para crear mentalizaciones a partir de sensaciones y emociones en bruto traídas por los pacientes. El despliegue del espacio mental a través del establecimiento de una relación íntima en el análisis se torna una prioridad y un desafío, pues va como a contramano a las presiones de la cultura del narcisismo. Finkielkraut (1988) dice

---

<sup>9</sup> Rocha Barros, E. M. da (2003): p. 5

claramente que vivimos en la cultura de las sensaciones y del *feeling* en contraposición a la palabra. Pues nuestra meta es transformar sensaciones en símbolos, pensamientos y después en palabras, toda vez que las sensaciones son sólo para ser sentidas, vividas o actuadas.

El crecimiento mental sólo es posible a través de la transformación simbólica de la emoción vivida en una relación íntima y en ese sentido tenemos que comprender todo este entorno en que estamos insertos: las dificultades para establecer vínculos humanos profundos y también los daños en la constitución de las subjetividades debido a fallas simbólicas. Los desafíos a los que nos sometemos van desde el vacío representacional hasta lo que yo llamaría pensamientos-prótesis o conductas-prótesis, pseudopensamientos o conductas injertadas de la cultura que son usados como prótesis para sostener vacíos simbólicos, o que han sido colocados en el lugar del proceso de elaboración psíquica.

Pienso como el Prof. Donald Schüller cuando dice que el psicoanálisis es el relicario de la palabra. Ésta es la revolución que tiene que hacer el psicoanálisis en los albores del siglo XXI, luchar para que prevalezca el renacimiento del interés por pensar y significar al calor de relaciones humanas pautadas por la pasión (Meltzer, 1986).

Entonces, si Freud desafió y enfrentó a la cultura de la represión con su repudio de lo sexual, en la cultura de hoy debemos desafiar y enfrentar el rechazo de lo simbólico. Ése es el gran desafío del psicoanálisis, hoy. Pienso que toda el área de actividad preocupada por el psiquismo humano tiene esta responsabilidad de ser el relicario de lo simbólico. Y para eso el misterio del interior del objeto, y no la intrusividad, el respeto a los límites, es esencial. Felizmente no estamos solos en esta tarea. Hay muchas otras áreas de la cultura y de la ciencia que promueven un incremento en la capacidad de abstracción, en el desarrollo de la mente humana. Doy como ejemplo, para terminar, un pensamiento del filósofo francés Alain Finkielkraut (2008). Dice él que el pudor no es tan sólo un moralismo arcaico, sino un atributo ontológico de la mujer. La sexualidad femenina implica la existencia de algo oculto a ser develado, o construido por la imaginación, algún misterio. La excesiva falta de pudor, el exceso de luz y exposición apaga la luz de la imaginación. Por eso, el elogio al pudor y la defensa de un cierto misterio.

**Palabras clave:** experiencia de satisfacción, sexualidad, simbolización, pudor, cultura de la imagen.

**Resumen:**

El autor propone en este trabajo un examen de la subjetividad actual dominada por la cultura de la imagen, la pérdida de límites entre lo público y lo privado y la canalización de la pornografía. Piensa que la cultura actual promueve perturbaciones en los procesos simbólicos. El sujeto no puede alcanzar una experiencia de satisfacción por no poder transformar lo crudo de la cultura de la imagen y la velocidad en pensamientos: no puede desarrollar un proceso simbólico. Lo sexual que no pase por la elaboración simbólica se transforma en placer sin satisfacción, pura descarga condenada a la compulsión adictiva por la imposibilidad de satisfacción del deseo en el terreno de lo mental.